Pancracio Celdrán Gomariz

El gran libro de los insultos

Tesoro crítico, etimológico e histórico de los insultos españoles

Prefacio de Forges

la esfera (de los libros

Índice

A modo de dedicatoria	9
Prefacio de Forges	11
A guisa de prólogo	
Aclaración	
Símbolos de este diccionario	32
Diccionario de insultos	35
Bibliografía	1041

A modo de dedicatoria

In memoriam

mi madre, Dolores Gomariz, que tenía mucho de la gracia canaria y la sal gaditana en el acento y el discurso cuando mostraba el enojo, empleando pintorescos términos y voces, algunas de las cuales aquí se recogen.

A mi padre, Manuel Celdrán Riquelme, pianista de cine mudo y de varietés; excelente profesor de piano; compositor, autor de canciones enraizadas en la tradición musical española y de piezas sacras que musicó tantas coplas simpáticas y escribió la música de *El chulo del barrio*, juguete cómico o número arrevistado lleno de chistes, ocurrencias y chascarrillos verbeneros en los felices años veinte en colaboración con su amigo Alejandro Casona.

A ellos y a mi hermano Carlos Celdrán Gomariz, que se fue de nuestro lado, del lado de sus hermanos y de sus hijos cuando más proyectos abrigaba en su corazón.

A ellos, digo, porque supieron vadear el río de la vida con rectitud y elegancia. A ellos, para que desde allí donde están, a la derecha mano de Dios, celebren regocijados la aparición de este libro con cuya lectura tanto se hubieran complacido.

Prefacio

uerido amigo Pancracio:
Digo yo que una de las mayores inconcebilidades de nuestra idiosincrasia, si es que existe el término, reside en nuestro ancestral respeto a la tradición palabral, sin percatarnos de que el idioma y por ende, la lengua, son entes vivos y, por lo tanto, mutantes, siendo nosotros, los hablantes, sus padresmadres paridores de nuevas palabras.

Siendo el español, según afirman los expertos, el más extenso almacén 'corteinglésico' de insultos del planeta Tierra, es asombroso la poca inventiva que empleamos los ibérico hablantes en general y los españolo parlantes en particular, para remozar esta 'jergaofensiva' modalidad léxica de las relaciones humanas a nuestros tiempos.

Sí, es cierto que 'perillán' se usa menos que 'capullo', y que su 'similcapiloso' término 'barbián' ha desaparecido de nuestro entorno insultadero, lleno a rebosar del sinsorgo 'insulto único': 'jilipollas'.

Por todo esto, querido catedrático, te ofrezco un a modo de repertorio de nuevos insultos que se me han ido ocurriendo a lo largo de estos enrevesados tiempos, para incrementar el acervo insultal colectivo, y con el ensoberbecido deseo de que en sucesivas ediciones, de los cientos que sin duda se harán de este libro, pasen desde este humilde prólogo a las páginas siguientes, si tu docta magnanimidad tiene a bien considerarlo. Ahí van:

PUTILIENDRE
JILIPOLLESCENTE
ENMERDECEDOR
INFLAESCROTOS
CHAMULLORREADOR
JILIMUERMO
CONSEJERO DELEGADO
PLASTEANTE
TERTULIANO
POLIPUTO
PROGRAMADOR DETV

Pancracio Celdrán Gomariz

NEURORREA (Aquejado/da de...) **BOCASOBACO ESTULTANTE** CONCEJAL DE URBANISMO LOGICOICIDA **BANQUERO CABRONOIDE ENCARGADO PUTONESCENTE** TONTALGIA (Aquejado/da de...) VICARIO NEOYORQUINO **TONTOLGLANDE ADVISER** GORRONÁCEO SOMBRERERO DE LA REINA DE INGLATERRA **VICERECTOR NOVELISTA URBANO** 'POTA'VOZ PARLAMENTARIO CINEASTA HISPANO

Como ves, querido amigo Pancracio, la lista insultal no tiene fin. Casi animaría a los infinitos lectores de ésta tu obra para que te enviaran remesas y remesas de más insultos colegidos personalmente, merced a su experiencia vital-taquero-insultante. Nuestro gigantesco 'corteinglésico' almacén de agravios léxicos rebosaría aún más si cabe, para asombro de los siglos.





A guisa de prólogo

icen los que saben de estas cosas que en cuanto Dios puso al hombre en el mundo aprendió éste a tomar contacto con las cosas, y expresó su complacencia con el elogio, y su disgusto mediante el insulto. El hombre no suele emplear términos medios cuando de enjuiciar las cosas que le atañen directamente, se trata. Su corazón es extremado y pendular cuando de hacerse una idea de sus semejantes se trata, siendo su arma principal la palabra. Quien se pare a pensar entenderá pronto por qué el adjetivo es la parte de la oración gramatical que más nos compromete: ello es así porque dice lo que pensamos, queremos, creemos, esperamos, amamos, odiamos... de los demás. El adjetivo es producto de un examen personal del mundo a menudo doloroso, y la sentencia que da el hombre toma forma de elogio o vituperio. Así, este diccionario general describe tanto a quien insulta como a la criatura destinataria de ese asalto momentáneo. Decimos que fulano es bueno o malo; mengano, guapo o feo; zutano leal o fementido; perengano, listo o tonto; y la vida es una maravilla o una porquería. Decía, lector queridísimo, que el adjetivo es la forma lingüística que poseemos para describir el mundo y expresar la opinión que nos va mereciendo el día a día, la brega de la vida, que es tanto como decir: la lucha, la pequeña pelea diaria. Sabemos que el mundo es ancho y ajeno, como dijera Ciro Alegría, y por ello lo es también el inventario de voces para abordarlo. Lector amigo, convendrás conmigo en que el insulto es uno de los logros de la humanidad parlante. Braulio Foz, en su interesante y divertida Vida de Pedro Saputo (1844) ofrece esta enumeración increíble, toda ella dirigida a la mujer:

Y dirigiéndose a la mujer que se alongaba refunfuñando, le disparó este borbollón de injurias tirándoselas a puñados con las dos manos: 'Vaya con Dios la ella, piltrafa pringada, zurrapa, vomitada, albarda arrastrada, tía cortona, tía cachinga, tía juruga, tía chamusca, pingajo, estropajo, zarandajo, trapajo, ranacuajo, zancajo, espantajo, escobajo, escarabajo, gargajo, mocajo, piel de zorra, fuina, cagachurre, mocarra, ¡pum, pum!, callosa, cazcarrosa, chinchosa, mocosa, legañosa, estoposa, mohosa, sebosa, muermosa, asquerosa, ojisucia, podrida, culiparda, hedionda, picuda, getuda, greñuda, juanetuda, patuda, hocicuda, lanuda, zancuda, diabla,

pincha tripas, fogón apagado, caldero abollado, to-to-to-o-ttorrrr... culona, cagona, zullona, moscona, trotona, ratona, chochona, garrullona, sopona, tostona, chanflona, gata chamuscada, perra parida, morcón reventado, trasgo del barrio, tarasca, estafermo, pendón de Zugarramurdi, chirigaita, ladilla, verruga, caparra, sapo revolcado, jimia escaldada, cantonera, mochilera, cerrera, capagallos...'. Y cesó tan alto y perenne temporal de vituperios, porque la infeliz desapareció de la vista habiendo torcido por otra calle, echando llamas de su rostro, y sudando y muriéndose de vergüenza. Ni acabara él en toda la tarde con su diluvión de ultrajes según era afluente, si la esquina que dobló no hubiese amparado a la cuitada. La gente rió tanto y estaba tan embelesada que nadie pensaba en irse, antes por minutos crecía el concurso y el favor del pueblo.

Pone de manifiesto el texto no sólo la abundancia de elementos insultantes con que contamos para poner de vuelta y media al prójimo e indicarle dónde está su sitio, sino que al mismo tiempo nos pone sobre la pista de algo que sospechábamos: nos regocijamos con el insulto dirigido al otro, y a menudo nos entristece el elogio que se le adjudique. Por eso hay que preguntarse: ¿Qué haríamos sin esta mesnada de palabras que se nos vienen a la boca ante la injusticia o la ruindad ajena...? Hasta el mismo Dios tras crear al hombre y colocarlo en el Paraíso puso de vuelta y media a la serpiente haciéndola destinataria del primer enojo divino de que hay memoria: 'Maldita seas entre todos los animales y bestias de la tierra'. Los exegetas describen a la serpiente como falaz y falsa, y se percibe un ambiente opresivo en esos días últimos de la presencia de la primera pareja humana en su habitat prodigioso: mentiras, ambiciones, venganzas. También insulta Dios cuando Caín con desvergüenza miente. De nuevo el Señor maldice, y uno se pregunta: ¿Esa frase de maldito seas, maldito serás entre las naciones, es realmente insulto? He ahí la cuestión: llamar a alguien asesino, criminal o canalla no es insulto si la criatura a quien se dice lo es, ya que el insulto estriba en adjudicar a alguien un predicado que no le cumple o le viene grande: es como el traje, que debe ajustarse a la medida del destinatario que ha de lucirlo. El amable lector sabe lo que da de sí la naturaleza humana. Cervantes ya sospechó que 'los hombres somos como Dios nos hizo, y a veces peor', por lo tanto, tarde o temprano nos hacemos merecedores de que nos recuerden de qué pie cojeamos.

La contemplación de la maldad, la visión de la injusticia, el sufrir en nuestras carnes el zarpazo físico o verbal nos revuelve, nos moviliza y puede sacar de sus casillas incluso a un santo. Abundando en lo ya dicho, recordaré que en los Apócrifos neotestamentarios incluso Jesús niño monta en cólera por la fechoría de un compañero de juego a quien llama: 'execrable de maldad, hijo de la muerte, oficina de Satanás'; otra versión del pasaje pone en boca de la divina criatura las palabras 'injusto, insensato, impío'. Y en los Evangelios canónicos, cuando látigo en mano expulsa a los mercaderes del templo, Jesús los llama 'raza de víboras, generación malvada y adúltera, hipócritas, malditos': un Jesús en vísperas de la muerte se encara con la hipocresía y la ruindad y de su boca salen voces como fariseo, sepulcro blanqueado.

Pues bien: si hay situaciones, casos y personas capaces de sacar de quicio al más santo y paciente de los hombres, ¿cómo no provocará en el resto dictámenes y dicterios? En situaciones tranquilas todo el mundo es bueno, es claro: no hay caldo de cultivo para el insulto en situaciones normales ya que es un mecanismo de defensa y en buena medida también de justicia, mecanismo que se suscita cuando el discurso moderado no conseguiría poner las cosas en su sitio. Como expresión del descontento y de la contrariedad, el insulto es un instrumento al alcance de todos y nos permite alzarnos contra el estado de cosas en el que nos sentimos atrapados, y actúa a modo de tubo de escape o de descarga adecuada al caso, de manera que podemos dirigirlo incluso contra nosotros mismos cuando nos apercibimos de que hemos obrado a la ligera, que nos perjudicamos, ante lo cual exclamamos: ¿Seré gilipollas; cómo pude hacer esto, o aquello...? ¡Imbécil de mí, que dejé pasar la ocasión, que no me di cuenta de que me tomaban el pelo!

*

Es propio de estas voces insultantes vivir dentro de un mundo semántico disperso: sólo el caso, la circunstancia y el destinatario pueden darle el sentido tremendo que pueden alcanzar. A su potenciación y suavización hay que unir los elementos suprasegmentales, esas insinuaciones, gestos y visajes, esa forma de crispar las manos y blandirlas en el aire: el insulto desencadena escenas dantescas de terrible virulencia al tiempo que se auto alimenta conforme el insultante se va armando de razón, hasta alcanzar su clímax en el grito. El insulto desarrollado en un grito es como el rayo en medio de la tempestad.

Vivimos rodeados del insulto, pero también del elogio amañado, que es tanto como una injuria solapada en forma de tomadura de pelo. Vivimos rodeados de estas palabras vehementes, sentidas, nada artificiales ni huecas: quien insulta no esconde nada, sino que respira por la herida: *ex abundatia cordis os loquitur*, dice el libro sagrado, que es tanto como decir que a la boca sube lo

que hay en el corazón. Basta asomarse a los medios de comunicación para encontrarse con el insulto del día, o la ración insultiva de la jornada a modo de espléndido racimo de faltadas, que diría un aragonés. Pongo atención a la intervención de una criatura anónima que revolviéndose contra otra de opinión contraria, dice:

Se te ha caído el bozal y berreas como los cebúes. Has dejado la jaula abierta y te la puede ocupar una hiena que en el fondo es más sensible e inteligente que tú. Eres un imbécil congénito, un idiota total y un borde. No eres más que un pobre animal desgraciado.

*

En cuanto al estado de cosas propio de nuestra cultura, el insulto cobra protagonismo. No hay autor medieval ni de los siglos áureos que en algún momento no se recree o cargue las tintas a la hora de describir a un semejante, como muestran la pluma del Arcipreste de Hita o la de Francisco de Quevedo. Pero el insulto no se agota en la prosa de autor, sino que vive felizmente en esa prosa secreta que desde los albores del castellano se propaga en anónimos y hojas volanderas, en libelos y letras calumniadoras que hacen de las palabras gruesas el grueso de su mensaje. Julio Casares adivinó en su *Discurso de recepción ante la Real Academia Española* (1921) que los insultos viven en familia: basta tirar de uno para que salgan en tropel todos: quien dice cabrón no se resiste a la tentación de añadirle hijo de puta. Casares describe esta retahíla de insultos y los reparte en campos semánticos:

En seguida se ofrecerán a nuestra mente, los adjetivos lujurioso, lascivo, libidinoso, voluptuoso y alguno más, con lo cual se habrá agotado nuestro caudal de léxico activo; pero si luego nos presentan una lista con las voces lúbrico, salaz, liviano, torpe, carnal, mocero, mujeriego, licencioso, braguetero, sátiro, fauno, mico...

En su *Trópico en Manhattan* (1951) Guillermo Cotto-Thorner hace las siguientes consideraciones al caso de lo que decimos:

(Nos) gusta a veces reír de los defectos del prójimo. Hacemos burla del negro, del jorobado, del cojo, del gambado, del corino, del enclenque, del gordo, del albino, del bizco, del tuerto, del mellado, del apestoso y hasta del desgraciado por-

que carece de ventura. Sin embargo, luego de pronunciar la frase cruel y despiadada de la burla, añadir al instante la clásica expresión, 'ay bendito, el pobrecito', con lo cual se pretende subsanar la injuria cometida. Aunque siempre listos para hacer burla, nadie lo está para recibirla con estoicismo.

En América el insulto castellano, andaluz, extremeño, vizcaíno, el de todas las regiones y reinos peninsulares cobró vigor propio, y tanto fue así que muchas de estas voces suenan allí más fuertes que en el lugar de donde proceden. El mundo del insulto y la expresión desahogada es común a todo el universo hispanohablante, pero cada área lingüística tiene sus singularidades. Particularmente ricas en iniciativas insultológicas son Méjico y Argentina. De este país último es la siguiente disposición laboral que en forma de memorando fue distribuida entre los miembros de cierta multinacional:

No se utilizarán voces y expresiones tales como 'carajo; la puta madre; me da por el quinto forro'. Ni usarán nuestros empleados formas de hablar como 'la cagó; qué cagada; la está cagando'. Se prohíbe también el uso del verbo cagar en cualquier caso. No se tolerarán tratamientos como los de 'hijo de mil putas; guanaco; mal parido; es una mierda; es una bosta'. La falta de determinación no será descrita como 'falta de huevos; cagón de mierda, pelotudo; boludo'. Ni serán recibidas las ideas ajenas como 'pajas mentales; pendejadas; cómo hincha las pelotas; qué ladilla de mierda; cagó fuego; nos rompieron el orto; andate a la concha de tu hermana; qué carajo querés'. De ninguna manera se consentirá dirigirse a un socio de edad madura como 'viejo choto'. No se dirá 'me chupa un huevo; sobame el nabo; puto de mierda; vieja tortillera; viejo balinero; tragasables; maricón de mierda; me la paso por el orto'.

Los recursos al alcance del insultador... ¡son tantos! Luego está la antífrasis, ese regusto, ese retintín con el que decimos las cosas al revés para que mejor se entiendan: ¿Te vas enterando, bonito...?'. Es claro. Las palabras yacen en los diccionarios a modo de dardos dispuestos en el carcaj para ser disparados; están allí a nuestro servicio. Podemos utilizarlas en su sentido propio, o en el figurado y metafórico, recurso que tiene miles de posibilidades. En este aspecto, la ironía hace estragos. Quevedo era maestro en esto, pero no le iban a la zaga la gloriosa nómina de los siglos áureos con Cervantes y Lope a la cabeza. De la siguiente magistral manera desgrana el rosario de los insultos Cervantes en la segunda parte de su inmortal novela (1615) poniendo en boca de Don Quijote lo siguiente:

¡Oh malaventurado escudero, alma de cántaro, corazón de alcornoque, de entrañas guijeñas y apedernaladas! Si te mandaran, ladrón, desuellacaras, que te arrojaras de una alta torre al suelo; si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos y tres de culebras; si te persuadieran a que mataras a tu mujer y a tus hijos con algún truculento y agudo alfanje, no fuera maravilla que te mostraras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trecientos azotes, que no hay niño de la doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, espanta a todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos que lo vinieren a saber con el discurso del tiempo. Pon, ¡oh miserable y endurecido animal!, pon, digo, esos tus ojos de machuelo espantadizo en las niñas destos míos.

La ironía, como decíamos, hace que incluso el elogio pueda tornarse en achaque a modo de pluma que se torna en lanza, sobre todo si unimos el dicterio con el refrán que afirma que la verdad no ofende. Sí que ofende; la verdad es un virulento ataque incluso para quien finge no darse por aludido; no sirve tal fingimiento en el fuero interno de los aludidos porque saben que en ellos se cumple el tremendo predicado: los cabrones, maricones, pelotas e hijos de puta que saben que lo son, que tienen noticia de ello, sufren cuando se les recuerda. La verdad recordada es insulto aplazado, y es que todos escondemos algo: el insultante experto descubre nuestro secreto y nos lo arroja a la cara como una piedra. No hay amenaza tan útil como aquella que advierte acerca de la posibilidad de tirar de la manta. Es natural que sea así ya que la mentira sólo ofende en el corto plazo, nunca en el largo. Si la afrenta verbal no va con nosotros entra en juego el temor de que otros puedan creer que es cierto, pero con tal eventualidad no hay lucha posible. Cervantes pone esto en boca de Don Quijote:

No te enojes, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que será nunca acabar; ven tú con segura conciencia, y digan lo que dijeren; y es querer atar la lengua de los maldicientes lo mismo que querer poner puertas al campo.

Vélez de Guevara escribe en la jornada primera de El pleito del diablo:

Es poner puertas al campo, señor don Juan de Guevara impedir que no murmuren los aldeanos

Por otra parte debemos convenir en que el insulto no está preocupado con lo certero de su contenido semántico, ni siquiera con la consideración de si hace o no al caso de la persona a quien se lanza. El insulto no informa, sino que plantea estados de cosas nuevos. Lo importante es darle de lleno al otro, revolverlo, sacarlo de sus casillas y hacer que en el preciso momento sufra y se suba por las paredes como un poseso. El insulto de pillado y hundido es el mejor insulto porque da de lleno. Si se ajusta a la realidad del insultado, es lo de menos: allá él, que se las arregle como pueda. De momento la palabra ofensiva ha surtido el efecto del palo o de la piedra. Nada tan cierto. A menudo vemos cómo la criatura que carece de argumentos para defender su postura responde con un insulto, que es tanto como aquel campesino de Fuentesaúco que habiendo detectado en el pueblo la presencia de un forastero, pensando que al pueblo sólo podía haberse desplazado para llevarse sus garbanzos de sopetón le dijo: 'Forastero ladrón', anécdota que cuenta Baroja y que viene al caso para entender a aquellos que pensando que van a ser agredidos se ponen la venda antes de la herida y la emprenden a dicharachos. Queremos decir con todo esto que a veces el insulto es manifestación de impotencia de quien lo esgrime.

*

A quien abusa del insulto llamamos insultón, criatura que se recrea en el uso del léxico más restrictivo. Si se goza en decir palabrotas, término ligado al vocabulario de naturaleza escatológica y obscena, decimos que ha sucumbido a la coprolalia, tener en la boca siempre ese tipo de términos y dirigirlos a cualquiera de manera indeterminada, generalmente a los árbitros de fútbol y a cuantos intervienen en el campo de juego. Los científicos hablan del síndrome de Tourette, enfermedad que sufre el insultón compulsivo. Pero hecha salvedad de sus muchas excepciones el insulto es muchas veces un acto de justicia, una llamada de atención. Quevedo, en el siglo xVII, y Torres y Villarroel en el xVIII alzan la voz contra los vicios de la sociedad poderosa. Torres escribe:

Mulas, médicos, sastres y letrados, corriendo por las calles a millones; duques, lacayos, damas y soplones, todos sin distinción arrebujados; gran chusma de hidalguillos tolerados, cuyo examen lo hicieron los doblones, y un pegujal de diablos comadrones, que les tientan la onda a los casados; arrendadores mil por excelencia; metidos a señores los piojosos; todo vicio, con nombre de decencia; es burdel de holgazanes y de ociosos, donde hay libertad suma de conciencia para idiotas, malsínes y tramposos.

Insultar es actividad que en nuestro tiempo resulta fácil, raramente acarrea consecuencias, y así era también en los siglos áureos. En la Edad Media fue otra cosa: no salía gratis; había insultos tan penados como la agresión física. En las *Ordenanzas Reales de Castilla* (1480) se lee:

Qual quier que ha otro denostare o le dixere sodomitico o cornudo o traydor o erege o a muger que tenga marido puta desdigalo antel alcalde & ante omes buenos al plazo que el alcalde pusiere & peche trezientos sueldos la mitad a nos & la mitad al querelloso & sy dixere otros denuestos desdigase antel alcalde & ante omes buenos & diga que mintio en ello E sy onbre de otra ley se tornare cristiano & alguno lo llamare tornadizo peche diez marauedis al rrey & otros tantos al querelloso.

*

Dejemos un capítulo que podría ser interminable. Como decíamos, el insulto se ve ayudado de numerosos recursos: la antífrasis, el sentido figurado, la analogía, la coloquialidad. Por si fuera poco, por si el acervo o montón de insultos puestos a disposición de la gente no bastara, están los sufijos, afijos, in-

fijos, prefijos... que con su sola presencia en el término actúan catalíticamente, como dicen los químicos, desencadenando una acción insultiva en serie: María, marica, mariquita, maricón, mariconazo, mariconcete, mariquitilla, maricona, mariconzón. En esa posibilidad lingüística reside un extraordinario potencial, ya que estos oligoelementos lingüísticos abastecen al insultante de material adecuado para aquilatar el término con negatividad añadida. Luego está el predicado: no es lo mismo un cabrón a secas que un cabrón con pintas. La complejidad léxica aumenta cuando un mismo insulto es utilizado de diferente modo en una comarca que en otra, asunto que el lector amable tendrá ocasión de comprobar en el transcurso del libro. También hay insultos de laboratorio, de diseño o inventados.

Pero volvamos a nuestro propósito. También se relaciona el mundo del insulto con el trasvase semántico: voces que nacieron insultantes se tornaron elogiosas, caso de los naturales de la villa vallisoletana de Castrillo del Duero, a los que motejaban de empecinados o sucios y apestosos en alusión a las aguas del riachuelo Botijas que cruza el lugar siempre sucias y oscuras debido al lodo que arrastran. Pero he aquí que una circunstancia cambió el rumbo semántico del término, de modo que aquello que nació como insulto acabó siendo elogio: recuérdese que aquí nació el guerrillero Juan Martínez Díaz, llamado el Empecinado por ser natural de este pueblo, mote que tras la bravura mostrada por el personaje se connotó positivamente siendo antonomástico de tesón y porfía propia de quien por encima de todo se propone vencer. Así pues, un insulto se convirtió en un elogio, trasvase frecuente en el mundo de las voces insultantes. ¿Qué decir de otras voces? Nadie esperaría que el término guapo haya sido insulto en su origen, sin embargo, ése es el caso. El calificativo experimentó grandes cambios semánticos. Su etimología le asigna valor negativo ya que procede de la voz latina vappa = bribón, granuja: del francés antiguo gouape = soso y holgazán. Con el significado de rufián, valentón de taberna, chulo de putas, es término de mucho uso en los Siglos de Oro. En un entremés del madrileño Quiñones de Benavente se lee:

> Mari-Flores, la de Andújar; Mari-Nieves, la de Campos; hembras que arden y tiritan por la virtud de sus guapos.

Su evolución de lo negativo del rufián a lo positivo del galán se explica porque eran gente bien parecida y valiente, como es de esperar de quien ha de dar la cara en defensa de su negocio —la coima o puta cuyo cuerpo gobernaba—. El chulo vestía bien, era bien parecido, por eso, como término expresivo de belleza y bizarría ya empezaba a ser frecuente en el siglo XVIII.

Hablábamos antes de insultos de diseño o de laboratorio. Caso simpático de insulto inventado es el del viceberzas; existe el berzas y el berzotas, pero y el viceberzas? Llamaban así a quien es secretario de un tonto, o sirve a un idiota. Es voz de creación caprichosa que juega con viceversa = al revés. En puntos de Andalucía y Murcia llamaban así al politiquillo local puesto por el cacique de turno que se da muchas ínfulas desde su poltrona pueblerina, siendo un pobre, un mierda. El insulto se inspira en viceversa, referido a quien no sabe en qué partido militar; criatura que ignora si sube o baja, si va o viene; tonto que está hecho un lío. El uso insultante de este adverbio se debe al historiador de la primera mitad del siglo XIX Modesto Lafuente, que solía referirse a los españoles como tipos de conducta contraria a sus propios intereses, y lo resumía diciendo: 'España es el país de los viceversas', término también aplicado a la persona inestable o veleta que cambia de opinión con facilidad, y a todos aquellos a los que tanto da ocho que ochenta. En alusión festiva a ese insulto se inventó viceberzas. Ello es así porque el desenfado y la gracia son atributos frecuentes en el ámbito del insulto. Un amigo nos hace llegar los siguientes versos en forma de carta de un galán que se ve obligado a romper con la novia de siempre:

> Querida Enriqueta con esta te escribo: Mi primo el notario murió antes de ayer. Me deja heredero pero he de casarme con mi prima Rosa la de Santander. ¡Qué cabrón, qué cabrón!

A lo que responde la novia con este racimo de insultos y sintagmas de calibre grueso:

Cabrón, maricón, hijo puta, mal hombre. ¡Mira que dejarme por otra mujer! Me cago en tu padre y en tu puta madre y en tu prima Rosa la de Santander.

La respuesta de la novia es la mar de natural, ya que en el mundo del lenguaje una de las primeras necesidades atendidas por el hombre tiene que ver con la necesidad y exigencia de canalizar la irritación o el agrado que le sugieren o suscitan las personas y cosas que le rodean: así surgieron el piropo y el elogio, pero también el taco o la palabra malsonante, mezcla de imprecación, exclamación enojosa y blasfemia dirigida de manera indefinida y difusa a la divinidad, al destino o a los poderosos a los que se considera origen o causa de la desgracia. Tras este alumbramiento nació el insulto, que es criatura léxica del mismo pelaje, pero dirigida a otro ser humano.

*

Esta vertiente del lenguaje ha existido siempre, e incluso ha sido cultivada por las civilizaciones más granadas. Los romanos llamaban *lupa*, acaso loba, a la ramera; decían *catamitus* al marica, y *pubes* a la persona entre necia y cobarde, mientras reservaban voces más contundentes, como *nothus*, para el bastardo y el hijo de puta. Los griegos no les iban a la zaga ya que de hecho los romanos aprendieron de ellos a insultar: el insulto griego era más elaborado, necesitaba más espacio léxico y concurso de palabras, por lo que solía resolverse en una frase que a modo de descripción certera dejaba en cueros espiritualmente al insultado. En Atenas se llamaba *blitás* al lelo. Ello es así porque el insulto es a menudo una defensa que se resuelve en ataque o acometimiento, como se deduce de su etimología: el participio de *insilio*: saltar sobre alguien, asaltarlo para hacerle daño de palabra con ánimo de ofenderlo y humillarlo mostrándole malquerencia y haciéndole desaire. En latín también se dijo *insultare*, frecuentativo de *insilio*, con el significado de comportarse con insolencia, ultrajar y burlarse de alguien.

Como decíamos, el mundo antiguo fue insultón; la mayor parte de los insultos actuales ya eran usados entonces. Era forma apropiada de describir y referirse a la persona censurable. Pero injuriar no estaba al alcance de cualquiera y en el fondo era considerado como un recurso que envilecía a quien

echaba mano de él; decía Cicerón: Accipere quam facere praestat iniuriam: Mejor cosa es sufrir el insulto y padecer una injuria, que hacerla uno. Sócrates, habiendo sido blanco de un insulto injurioso exclamó, no dándose por aludido: ¿Acaso si me hubiera dado una coz un asno, me enfrentaría a él...? Es claro que cada cual insulta como puede. El tipo de insulto utilizado denota la personalidad del insultante. Valle-Inclán llamó a alguien pedazo de bruto, y como el ofendido quiso que retirara el insulto el escritor quiso complacerle a medias y retiró lo de pedazo. El actor francés Taconet, de mediados del XIX, como era muy dado a la bebida tenía como insulto favorito llamar vaso de agua al adversario. A Cánovas del Castillo un compañero de gabinete le dijo alarmado: Don Antonio, ha pasado algo inconveniente, Martínez Campos, tras proferir adjetivos que no le benefician a usted se ha ido con Sagasta, a lo que Cánovas respondió: No se preocupe, el general Arsenio Martínez Campos es como las bombas: sólo hace daño donde cae.

Entre las posibilidades del insulto sobresale la perífrasis humorística, arma lingüística poderosa con la que maltratar, agredir e insultar. Si decimos a alguien que le vamos a machacar las liendres le estamos llamando piojoso. Hay insultos con gracia: a un sujeto boquituerto le llamaban alfil porque tenía la boca como el recorrido de esa pieza del ajedrez: en diagonal, torcida. A veces, la mera adición de un diminutivo torna el vocablo ofensivo, en cariñoso: de tonto decimos tontín y tontuelo. De pillo decimos pillín; de diablo decimos diablillo; de bobo decimos bobito; de fiera decimos fierecilla; de traidor decimos traidorzuelo, como de pícaro picaruelo. Otras veces la antífrasis trueca el insulto en elogio: decimos 'adiós, fea' para potenciar la hermosura de la muchacha. Pero casos contados; el insulto busca hacer sangre, y a ese fin comienza con la pérdida del respeto, acto que puede llevarse a cabo mediante un gesto, una mirada, un silencio encaminado a exteriorizar desdén y desaprecio: los lingüistas hablan de elementos suprasegmentales, elementos que en el mundo del insulto son tan esenciales que a menudo un ademán sin mediar palabra ya es denotativo de desprecio. Quien hace el gesto de llevarse el dedo índice de la mano derecha a la sien no necesita decir nada para dejar clara la opinión que le merece la persona a quien se refiere. En culturas ajenas a las clásicas, llevarse ambas manos a la cabeza era ilustrativo de eso mismo. También el mostrar las palmas de las manos a la altura de la cintura, o dar la espalda son formas antiguas de escenificar el insulto y mostrar desdén. Napoleón estaba enemistado con su antaño amigo el capitán Dupont, y habiendo coincidido con él en cierta ocasión le dio la espalda para no tener que saludarlo. Entonces, el capitán se le acercó y le dijo: Señor, gracias por contarme entre vuestros amigos'. Napoleón se sorprendió ante la salida de Dupont, y le dijo: 'Os di la espalda para fingir que no os había visto y no tener que saludaros'. Dupont replicó: 'Yo me refería a que Napoleón jamás da la espalda al enemigo, y dándomela a mí, me tuve por amigo'. Dupont aprovechó lo que todos entendían como muestra pública de desaprecio, y le dio la vuelta tornándolo en elogio. El lector sabe que hay cientos de gestos que son interpretados como insultos. Recordemos el corte de mangas, mostrar el trasero, entrecruzar los dedos, los distintos usos dados a los dedos pulgar e índice, llevarse ligeramente la mano derecha a salva sea la parte. Los antiguos ya cerraban fuertemente la mano y mostraban el codo, imprimiendo un ligero movimiento de significación sexual, como queriendo decir: que te jodan o, jódete, que te vayan dando.

*

¿Está justificado el insulto? Yo me inclino a responder afirmativamente siempre que el insulto evite llegar a las manos o actúe como tubo de escape que ayuda a desfogarse, voz que decíamos siendo yo niño en la ciudad valenciana de Alcira, es decir: el insulto actúa a veces como sucedáneo de la patada en la espinilla, cuando no en parte más dolorosa y blanda, ya que echa agua sobre los ánimos enardecidos.

Qué insulto hace más daño o cala más hondo no es pregunta de fácil respuesta. El insulto es como la tormenta: será más o menos dañino dependiendo de donde nos coja, es decir: de la situación espiritual, moral, social e incluso económica en que pille a la criatura. Todos sabemos que no conviene nombrar la soga en casa del ahorcado, lo que de hecho viene a significar que nos dolerá más el insulto que nos dé donde más nos duela, o que más visos tenga de ser cierto. De ahí que los insultos que ponen en entredicho la honra estén entre los más dolorosos porque nos desprestigian ante la sociedad, caso del cornudo. Luego vienen aquellos que tienen que ver con el comportamiento social: el traidor se duele mucho de que se lo recuerden. Lugar importante ocupan aquellos insultos dirigidos a la merma de entendimiento. Pero volvamos a nuestro propósito. El insulto se resuelve siempre en agresión verbal o gestual. Debemos distinguir en él diversos grados. Con la insolencia perdemos a alguien el respeto, siendo acto que puede llevarse a cabo de palabra, obra e incluso por omisión o mediante un gesto, una mirada que exterioriza desdén. El improperio es injuria grave de palabra, sinrazón que se le hace a alguno sin justicia ni causa, mediante dicterios y achaques en los que echamos a alguien en cara lo que él quería mantener en secreto. Y la injuria, ultraje verbal o de obra mediante maltrato. Cuenta Melchor de Santa Cruz en su *Floresta Española*, que cierto caballero que reñía con un hombre tenido por necio, dijo a éste cuando iba a darle en la cabeza con una maza de majar, que llaman majadero: 'Teneos, pues sois dos contra uno'. Y Baltasar Gracián, en su *Oráculo manual* (1647) asegura: 'Son tontos todos lo que lo parecen, y la mitad de los que no lo parecen'. Mi abuela Isabel, gaditana, sabía esta copla:

Siete sabios, y no más, contó la Grecia algún día: resta, lector, y verás, cuántos tontos contaría.

Pero incluso el tonto tiene su utilidad, según filosofaba mi madre, Dolores Gomariz, que Dios tiene a Su derecha mano, cuando recordaba la copla:

> Todos me llamaban fea y al espejo me miré: ojos chalangueros tengo, a algún tonto engañaré.

> > *

La tradición hispánica y su experiencia en relación con el amplio y complejo mundo del insulto, la singularidad de sus tontos, pícaros y mentecatos, bobos, truhanes y necios de todo pelaje es numerosa y abundante en palabras y frases, en casos y anécdotas graciosas que han pasado a la historia pequeña, menuda y popular. De esa riqueza extraeremos los insultos más sonoros y gráficos, más extendidos, populares antaño, algunos olvidados hogaño, todos exultantes de vida expresiva; recalaremos asimismo en algunos personajes y bobos de renombre que han pasado a la lengua cotidiana. Tontos insignes en su tontería, cuyas hazañas cristalizaron en breves comparaciones populares. Son muchos, pero a pesar de su número debemos decir que si no están todos los que fueron, sí están los que más hondo calaron en el ánimo popular. Juan Rufo, autor de *Las seiscientas apotegmas* (1596) escribe:

Aunque como dicen es infinito el número de los necios, casi todos se reducen a tres géneros: los unos son verdaderamente leños, porque discurren poco y hablan menos; no son molestos, entremetidos ni perjudiciales. El segundo linaje es el de los majaderos, gente que hace ruido, desenvuelta y bulliciosa. Los otros son badajos: gobiernan, reprenden y pronostican; necios de metal resonante, que escriben y dan consejos, todos sin más razón que la confianza que les nace del no saber hoy más que ayer, infiriendo neciamente de aquí que han llegado al cabo de lo que hay que saber.

Como recuerda Juan Rufo y la Biblia afirma en lo que a los tontos respecta, cada día que amanece el número de ellos crece, por lo que es infinito. El sabio rabino de Carrión, Sem Tob, en sus *Proverbios morales*, dice mediado el siglo XIV:

Que los torpes mil tantos son (más) que los que entyenden, e non saben en quantos peligros caer pueden

El refranero, por su parte, asegura casi como dogma de fe que cada lunes y cada martes hay tontos en todas partes.Y es verdad. Como también es infinito el modo de manifestarse la tontez, tontuna o tontería, que no es sino la calidad o ejercicio de este arte tan nocivo como inútil. En castellano, el número de frases hechas o expresiones adverbiales con protagonismo suyo es grande. El tonto hispánico, como el tondo, el minchione, rintontito o mero stùpido italiano, sobresalió siempre por la lentitud de su entendimiento. La voz en cuestión es término paradigmático del insulto y del agravio en todos los idiomas, siendo atemporal y universal su presencia. No hay lugar ni momento de la historia que no haya contado con un nutrido escuadrón o abigarrada tropa de ellos. A esa limitación de la razón alude la lengua alemana cuando habla del tunte, o el húngaro cuando describe al bobalicón y palurdo, a quien denomina tandi. Los clásicos griegos se referían a los tontos con la voz aglaros, por su aspecto embobado o de eterno deslumbramiento. Habitan el campo semántico del tonto una multitud de especímenes y personajillos inabarcable. En él moran Abundio y Pichote, Cardoso y el cojo Clavijo, Perico el de los Palotes, Panarra y Pipí, el tonto de Coria, el del Bote y el de Capirote, acompañados por el genial tontaina que tuvo la ocurrencia de asar la manteca, o el tonto bolonio que, creyéndose una lumbrera, se pasaba de listo.

Pero no es en esta limitación de las facultades del espíritu donde únicamente se ceba con su dura carga semántica la voz ofensiva, el término insultante, la palabra injuriosa. No es el tonto o el mentecato, el bobo o el imbécil lo único que reluce. Es más: los insultos que apelan a la cortedad del ingenio o carencia absoluta de luces son los menos graves, por ser a menudo los más obvios; como también lo son seguramente los nacidos de la mitomanía o la necesidad de mentir. El *animus insultandi* hispánico se explaya o acomoda mejor cuando se trata de ofensas, achaques, improperios y agravios de otra naturaleza. El ingenio ibérico brilla con luz propia cuando se mete con el marido engañado o con el desviado sexual. Peor cariz toma el insulto que nace de creerse uno mejor que otro, o de creer a otro peor que uno; la peligrosa ofensa de connotaciones racistas o xenófoba que tiene en cuenta el color de la piel, los factores sanguíneos, la religión o la cultura. Tremendo cariz toma el alma de quien se complace en contemplar el escarnio ajeno, como apunta Juan de Zabaleta en *El día de fiesta por la tarde* (1660):

¡Oh dulcísimo sabor el del escarnio ajeno...! Gustamos de los defectos de los otros, porque parece que quedamos superiores a ellos...

Más negro es todavía el pelaje de la ofensa que se centra en el honor, en la conducta, en el pensamiento, en el convivir, que retratan al individuo que abusa de sus semejantes haciéndoles daño de forma gratuita; sujetos que para asomarse al otro lado de la valla, para sobresalir ellos y ser vistos, se sirven de las espaldas u hombros de los demás, a los que luego abandonan e incluso zahieren. Es ahí donde sale a la luz lo más oscuro del hombre, su capacidad más granada para hacer daño. De esas simas y hondonales sale la traición al amigo, la envidia y los celos al comprobar que otro tiene el ingenio y la sabiduría que le ha sido negada a uno: son los mequetrefes del espíritu. El insultado que no puede vengar la afrenta que se le hace debe atender al consejo que don Juan Valera da en Las ilusiones del doctor Faustino: 'La injuria que no ha de ser bien vengada, ha de ser bien disimulada', es decir: no nos demos por aludido ante quien nos insulta y hagamos oídos sordos al agravio cuando es verbal, porque los oídos pueden tolerar mejor las ofensas que los ojos cuando la contemplan. Es decir: En siendo la injuria de palabra, digamos como aquel penitenciado que tras poner tierra por medio fue quemado en efigie: Ahí me las den todas. Tenía razón Séneca: Saepe satius fuit dissimulare quam ulsisci, que en nuestro castellano vale tanto como decir que a menudo trae más cuenta no darse por aludido, que darse por enterado y tener que vengarse: hacerlo es

pesado, costoso y molesto, es preferible soportarlo. Lope de Vega lo dice así en su comedia *El desprecio agraviado*:

La mayor venganza del que es sabio es olvidar la causa del agravio.

Eso parece opinar Mateo Alemán cuando pone en boca de su Guzmán de Alfarache (1599): 'el mejor remedio en las injurias es despreciarlas'. Es claro que depende de quién sea el ofensor: no perdonamos el insulto de quien en la escala de valores sociales está por debajo de nosotros, ya que con el débil somos fuertes y nos llenamos de santa ira y dignidad, pero estamos dispuestos a disculpar al poderoso que nos agravia buscando nosotros la disculpa en él y escarbando en nuestro corazón con la esperanza de encontrar allí el merecimiento de tal trato. No todos tenemos la altura moral de A. Aparisi Guijarro cuando decía: 'Cuando viene una ofensa hacia mí, levanto un poco mi corazón y pasa por debajo de él sin rozarlo siquiera'. En esa línea están todos aquellos que se muestran dispuestos a avergonzarse de los insultos y agravios que parten de ellos, más que de los recibidos de los demás. El valenciano Luis Vives, el mayor humanista español del Renacimiento, hombre cabal y ecuánime escribe: adversus iniuriam ultio, quam si obliviscaris eius, que en nuestra lengua castellana quiere decir que la mejor venganza de una injuria es olvidarla.

*

Lector amigo: voy acabando. No lo haré sin recordarte que encontrará quien leyere en esta mezcla de historia y diccionario histórico del insulto el calificativo ajustado a todo tipo de conducta miserable, mezquina y deshonrosa. Toda suerte de ladrones y maridos aparentemente engañados; chulos destemplados; soberbios montaraces; granujas disculpables; pobres hombres arrinconados por la vida que han hecho el ridículo a su pesar. Por aquí desfila, destilando sus bilis el nutrido y abigarrado batallón de las miserias del alma en forma de palabras y palabrotas, cantos rodados de la historia de la lengua y sus hablantes. Hombres y mujeres a quienes esa distinción de sexo ha condenado a menudo a la sordidez y a la miseria: los insultos, improperios y agravios relacionados con la sexualidad son numerosos y acerados. Mujeronas aguerridas, y mujerucas olvidadas en los meandros y recodos del río de la vida; muchachos desamparados, pobres pícaros y randas al servicio de reinonas, caciques y capitostes del hampa y la mala vida. También ha generado insultos el

hambre, que aguzó el ingenio haciendo al hombre avispado, para que pudiera aprovecharse de quien no lo es tanto. Nutrida tropa es la de los gorrones, parásitos y chivatos, sablistas y mangorreros, jaques y valentones, chulos y rufianes..., porque el hombre ha hecho siempre lo imposible por vivir de los demás, llevando en el pecado la penitencia del insulto, forma lingüística de rendir cuentas ante la sociedad. Mucho de cuanto la historia ha creado en forma de insulto o elogio está aquí, lector amigo. Sonríe si te reconoces a ti mismo en alguna de estas voces, y pon remedio; y sonríe también compasivo si reconoces a alguno de tus vecinos, allegados o amigos que dejaron de serlo o siguen siéndolo, como yo hago ahora pensando en tanto canalla e imbécil como pretendió hacer daño sin conseguirlo.

Así pues, lector que tienes en tus manos este libro mío, di conmigo esta breve oración que juzgo al caso ante el auge desmedido que en nuestro tiempo están tomando la imbecilidad torpe y la malicia malsana; la traición y la mentira; el engaño y el sectarismo; el orgullo desmedido y la ruindad gratuita:

Señor, que el rastro de luz que deja la maldad sobre el espíritu de los inocentes, deslumbrándolos durante un instante, sea fugaz como el del cometa que brilla un momento en la noche y ya no regresa jamás. Amén.

Aclaración

1 lector observará que diferenciamos en nuestro diccionario los sonidos /ll/ y /ch/, de manera que los tratamos como letras distintas a /l/ y /c/. No es capricho del autor, ni decisión arbitraria. En relación con el número de letras de nuestro alfabeto la Academia se ha preocupado de introducir dudas, tanto es así que no hay unanimidad. ¿Cuántas letras tiene el abecedario? ¿Se incluye la /ch/ y la /ll/? En mi libro Hablar con corrección mantengo que el castellano tiene 29 letras, tal como recoge la edición del diccionario académico de 1970, donde la /z/ es la vigésima novena y última. La /ch/ y la /ll/ no deben incluirse en /c/ y /l/ respectivamente, ya que se entiende por letra el signo gráfico que representa un fonema, y éste no puede diferir de la letra que lo representa, caso del sonido /ch/ que Julio Casares llama 'cuarta letra del abecedario español, doble por su figura pero sencilla por el sonido'. Lo mismo cabe decir de /ll/: 'decimocuarta letra del abecedario español'. La /l/ y la /ll/ ;pueden ser consideradas como una sola letra, siendo así que se trata de dos fonemas distintos?; ¿la /ch/ y la /c/ pueden ser consideradas la misma letra, siendo dos fonemas distintos? En efecto: la /ll/ es consonante palatal lateral sonora mientras que la /l/ es consonante alveolar lateral sonora; la /ch/ es consonante palatal africada sorda mientras que la /c/ ante /a/, /o/, /u/ es velar oclusiva sorda, y ante /e/ e /i/ interdental fricativa sorda. La diferencia entre los sonidos es obvia. Ello implica necesariamente la consideración de tales sonidos como letras distintas.

Símbolos de este diccionario

El signo = expresa que la palabra en cuestión es equivalente semántico de la que le sigue.

El signo + significa además.

Una palabra entre los signos / / da a entender que es desinencia, caso de afijos castellanos o latinos; asimismo ayuda a separar el término del discurso en el que se inserta.

Los signos > y < significan que el término procede de, o da lugar a otro: s < x.

El signo - detrás de letra o letras indica que es prefijo: prefijo latino /ab-/; cuando va entre dos signos como éste, indica que es infijo; y cuando va al final, se interpreta como sufijo: /-illa/.

DICCIONARIO DE INSULTOS

A

Ab irato. Expresión latina que significa desde la ira. Se dice de quien arrebatado por alguna pasión actúa de forma irreflexiva, a impulsos del odio y con ánimo de venganza, todo lo cual puede conducir a ensañamiento y crueldad. Se predica con ánimo ofensivo de quien sin pensarlo dos veces se lanza ciego a la acción. Es sintagma culto, de uso limitado y ninguna vigencia popular, aunque he podido escuchar el término mostrenco abirao en el madrileño rastrillo de Tetuán (1994) con valor semántico próximo al que hemos descrito, en cuyo caso tal vez el hablante tuviera in mente la voz gitana pirao o apira(d)o; también pudo haber originado por deformación de averiado = estropeado, roto, referido al cerebro de quien se dice. Marcelino Me-

néndez y Pelayo, en su *Historia de los heterodoxos españoles* (1880) emplea así el latinismo:

Los gobernantes de entonces, procediendo *ab irato* según las aficiones españolas, prefirieron cortar el árbol en vez de podarle de las ramas inútiles.

Ababol. A quien se ruboriza con tanta facilidad que parece bobo, y a la persona de timidez tan subida que linda con lo patológico se llamó así por comparación entre el rojo de la flor y el color encendido de las mejillas. En la villa riojana de Cornago y otros puntos de La Rioja se predica de quien es tan excesivamente parado que es fácil sacarle los colores; también de la persona de pobres entendederas, distraída y simple que queda arrobado con el vuelo de una

Abacorante 38

mosca. En la ciudad riojana de Calahorra llaman **ababol florido** al despistado y algo tonto. En la villa turolense de Sarrión equivale a simplón y bobo. En la ciudad navarra de Tudela y en Ablitas: persona asimplada. Del árabe hispano *happapawra*: ababol, y en última instancia del latín *papaver* = amapola, con prótesis inicial vocálica. Una copla murciana emplea así el término:

Deseando estoy que llegue el mes de los **ababoles**, pa regalarte, nenica, un ramillico de flores

Abacorante. En Las Palmas de Gran Canaria: persona o situación que causa angustia y pesadumbre. Es participio activo de abacorar: acosar, acorralar, voz derivada de acorar: del latín cor = corazón: poner el corazón en un puño o en la boca. La /-b-/ es consecuencia de la etimología popular. Francisco Guerra Navarro, en Los cuentos famosos de Pepe Monagas (1941-1961) escribe: 'El bochorno es tan abacorante que hasta hablar muele'.

Abambao. En Cartagena y puntos de esa comarca murciana: sujeto alelado que aparenta simpleza; bambarria. Del latín bambalio = tonto.

Ferrándiz Araujo, en su *Medicina popular en Cartagena*, incluye este discurso de un su paciente:

Doctor estoy **abambao** y estragao. Tengo los gonces enrobinaos y el obedao rojo como un tomate, me voy de hilo y he descomido tres veces.

Abanico. Chivato, soplón. Es voz hampesca dicha en el siglo XVII a quien se

va de la lengua. En su *Entremés del le-trado* Lope de Vega pone esto en boca del rufián Perote:

Alfiler llamo al alguacil; garfio, al corchete; a las esposas, guardas; a los presos antiguos, abutardas; al alcaide, prior; torno, al portero; herrador de las piernas, al grillero; a los tres ayudantes, monacillos; *abanico*, al soplón; trampa, a los [grillos...

La razón de llamar así al acusica, también llamado fuelle, es figurada y estriba en que igual que el fuelle sopla y hace viento, el abanico hace aire como el soplón y airea o canta delatando y contando a la autoridad detalles de faltas y fechorías.

Abanto. Sujeto aturdido y torpe, medroso y espantadizo que llevado de su pusilanimidad y apocamiento no atina con lo que debe; cobarde que rehuye toda confrontación o situación de peligro. En Málaga y otros puntos de Andalucía: orgulloso, engreído, que se da más importancia de la que tiene. En la comarca valenciana de la Plana de Utiel y en el Altiplano murciano llaman así a quien es de poca gracia o nada espabilado. Dice la copla:

Así que no ser **abantos**, *hacerus toas* una parba y de capuzón *ar* baile, que ya veremos mañana.

Ese significado tiene también en la villa turolense de Sarrión y otras de esa comarca. En Extremadura: persona grandullona y destartalada. En las villas riojanas de Cornago, Mansilla y

39 Abatatado

otras, así como en diversos pueblos toledanos: alelado, simple, tonto. En puntos de la Ribera del Duero, como Aranda de Duero, Castrillo o Fuentenebro: persona avariciosa. En los años noventa se llamó así al tipo pasado de rosca, muy expresivo y vehemente. Es voz de origen desconocido cuyo sentido deriva de su acepción principal: ave que a pesar de ser de presa es de condición tímida y perezosa. Emplea el término en el primer tercio del siglo XIV Don Juan Manuel, y un siglo más tarde algunos poetas del Cancionero de Baena (1445). El riojano Bretón de los Herreros, en una de sus poesías de mediados del XIX, emplea así el término:

¿He de ser yo tan **abanto**, Luisa, que crea en tu llanto cuando sé que eres mujer, y que por un alfiler que se te caiga del manto con la misma angustia lloras?

Abantorrollo. En la ciudad riojana de Calahorra y su comarca: sujeto de escaso entendimiento.

Abarcudo. En Aragón: pueblerino y cateto que calza abarcas, calzado rústico consistente en una suela de cuero atada al pie con cuerdas o correas. Abarca es término de origen no conocido, documentado en castellano en el siglo X.

Abarrena(d)o. En la villa leonesa de Toreno y su comarca, y en puntos del partido judicial de Talavera de la Reina, en Toledo: chiflado, de escaso juicio; barrenado, loco. Es uso figurado de dar barrena a una nave para que se vaya a pique; barrenar equivale a soca-

var la resistencia de una persona para desbaratar sus planes y capacidad. Del latín *verinus* = herramienta de hierro a modo de punzón que sirve para agujerear, taladrar, perforar, minar, con lo que aquello que uno quiere echar a perder entra en barrena. Tirso de Molina emplea así el término en *Los cigarrales de Toledo* (1624):

Vino luego el astrólogo... y afirmó que el desvanecimiento de sus libros de caja y cuentas le tenían **barrenado** el celebro; con que él, consolado de que vivía, y airado de que le tuviesen por loco, les dijo: 'Pues si es verdad que no estoy muerto, ¿de qué sirvieron los espantos y conjuros con que ayer huisteis de mí, haciéndoos más cruces que tiene una procesión de penitentes'.

Abatatado. En Gran Canaria y Fuerteventura: persona de aspecto atontado. Es término empleado figuradamente referido a la batata: tubérculo comestible dulce, término de la lengua taína hablada a principios del siglo XVI en Haití. Es voz portuguesa con el significado de aturdido, turbado. Augusto Roa Bastos, en *Hijo de hombre* (1960) emplea así el término:

El único que se acerca con relativa espontaneidad es el Zurdo... Pero lo hace cada vez con menos convicción, como **abatatado** de entrada.

El canario Francisco Guerra Navarro hace este uso del término en *Los cuentos famosos de Pepe Monagas* (1941-1961):

Entonces Pisaca, que tenía grandes simpatías por él, llamándolo pariente díjo-

Abejaruco 40

le viéndole **abatatado**: Pariecente, usté se viene conmigo pa Tenerife. Eso se quita con airito lagunero y vinito de Icóoo, ¡yo que se lo digo...! De otra parte, pariecente, yo tengo capricho porque sea usté el padrino del guayeeete.

Abejaruco. Llamamos así al metomentodo o persona noticiera y chismosa que indaga y se interesa por cosas que no son de su incumbencia. En la zona granadina de Cúllar Baza y en la comarca murciana de Yecla dicen abejarugo a quien es reservón y poco claro en su comportamiento. También se dice abejarruco, abejoruco acaso por alimentarse este pájaro de abejas y avispas cuyas colmenas destruye en el proceso. También se predica del sujeto ridículo cuyo trato enfada o incomoda. En Extremadura se predica de quien es más bruto de lo normal; en Toledo llaman abejarruco a quien es tosco además de bruto. Es despectivo de abeja: del latín apicula. Alonso de Castillo Solórzano pone esto en boca del galán en El mayorazgo Figura (1627):

Damas que al farol nocturno aguardáis en esa reja, para darle muchos sustos viendo que tenéis más luz: un galán **abejaruco** que solitudines busca anhelante y vagabundo, pide que vuestra beldad le favorezca un minuto...

Abejón. Alcahueta, tercera, mujer que media en amores ilícitos y busca ocasión a enamorados o amantes para que se desfoguen. Emplea el término Juan

Ruiz en su *Libro de Buen Amor* del primer tercio del XIV, referido a los nombres que recibe la alcahueta:

A la tal mensajera nunca le digas [maça; gorjee bien o mal, nunca l' digas [picaça, señuelo, cobertera, almadana, coraça, altaba, traïnel, cabestro ni almohaça ... aguijó, escalera, nin **abejón** nin losa ... nombres e maëstrías más tienen que [raposa.

El abejón o avejón, macho de la abeja maestra, es una abeja bastarda que no sólo no hace miel sino que se come la que labran las otras y vive del favor y del esfuerzo de los demás, como hace la celestina o alcahueta. El poeta zaragozano Anastasio Pantaleón de Ribera escribe muy entrado el siglo XVII:

Y otra sé que le pregunta cuando furioso se enoja, y la sacude, si juega al **abejón**, o enamora.

Abejorro. Persona molesta, de conversación larga, insustancial y pesada. En Andalucía es uso figurado que tiene in mente el zumbido del vuelo de estos insectos, semejante a un rumor confuso o abejorreo que puede llegar a ser insufrible por su persistencia y causar malestar y enojo. En puntos de las sierras de Segura y Cazorla se dice abejorreao a la persona torpe o que anda mal de la cabeza. Se documenta el término en lugares jiennenses como Chorretites, Las Cañadas, Los Yegüerizos, Cortijos Nuevos, Loma de María Ángela. Es forma despectiva de

41 Ablandabrevas

abeja, voz no anterior al siglo XV con el valor semántico que aquí contemplamos. Véase abejón. Juan Goytisolo en *Reivindicación del conde don Julián* (1970) escribe:

Preocupado por la vecina intrusión de otro **abejorro**, del género homínido éste, que ronda y huronea con bigotillo alfonsino, gabardina, gafas con toda la pinta de pertenecer a esa brava tribu de corresponsales noticiosos.

Abellota(d)o. En la provincia de Cádiz y otros puntos del suroeste peninsular: persona torpe, desmañada, sin gracia. Es uso figurado de bellota, por tenerse popularmente a este fruto por antonomasia de la rusticidad, equiparando esta condición a falta de luces o escasez de inteligencia. Se dijo antaño abellota al fruto, con epéntesis vocálica popular, y abellote al tonto que da crédito a creencias bizarras. Fray Martín de Castañega en su Tratado de las supersticiones y hechicerías y de la possibilidad y remedio dellas (1529) escribe:

Assi como si vn medico catolico despues de hechos todos los beneficios razonables para curar vna terciana, veyendo que con todos ellos no se quitaua mandasse que al paciente le colgassen del cuello vna **bellota** verde asegurandole que como se fuesse secando aquella **abellota** assi se yria quitando su terciana.

Aberroncho. En la villa y partido granadino de Cúllar Baza: testarudo y tonto.

Abirul. En la villa alicantina de Aspe: bobalicón.

Abisibla(d)o. En pueblos de los Montes de Toledo como Cuerva y Los Yébenes:

alelado. También se dice abisla(d) o referido al sujeto tan ensimismado o entontecido que parece no reponerse nunca de alguna impresión recibida; pasmado. Acaso corrupción de abismado: confundido, entregado a la contemplación.

Abisinio. Llaman así en puntos de La Mancha a quien es pícaro y astuto; también a quien estorba porque es patoso y bobo. En Pozuelo de Calatrava se identifica con el tonto de turno, mientras que en puntos de León se predica de quien va hecho un adán, en alusión clara a la condición de salvaje que se supone equivocadamente a los naturales de Etiopía. J. Faustino Idáñez de Aguilar en su Vocabulario del nordeste andaluz (2001) reúne voces y vocablos típicos y dice:

No se trata de un fósil de nuestra lengua... estamos ante una descripción de la manera de hablar de quienes viven en los confines nororientales de Andalucía, en donde, junto a algunas formas que en la norma urbana están relegadas al pasado, surgen otras vivas y pujantes: ya se trate de insultos —abejorreao, abisinio, airado, acecharroscas, adorro...

No es insulto desconocido; su existencia me consta en la Sierra de Segura, uno de cuyos aborígenes exclama, referido a cierto personaje cuyo nombre no hace al caso: 'Fulanito es otro buitre abisinio...'.

Ablandabrevas. Ablandahigos; sujeto inútil; hombre para poco. Es voz descriptiva de la nula consideración social que tales sujetos merecen.

Abocastro 42

Abocastro. En el Perú: monstruito o sujeto excesivamente feo y deforme; también: eunuco.

Abomba(d)o. En Málaga: sujeto que parece tonto. Recoge el término Juan Cepas en su *Vocabulario malagueño* (1985). Es participio pasivo de abombar en la acepción de aturdir, asordar. El uruguayo Florencio Sánchez emplea así el término en *Barranca abajo*. *Drama en tres actos* (1905):

Fijate, che... ¡La mansión con que te pensaba osequiar ese **abombao** de Aniceto!... ¿Pensaría que una muchacha decente y educada, y acostumbrada a la comodidad, iba a ser feliz entre esos cuatro terrones? ¡Qué **abombao**!

Aborrecible. Digno de desprecio; sujeto miserable que se ha hecho acreedor, merced a su conducta, a la aversión de quienes tienen la mala fortuna de tratar con él; también se dice de la persona o cosa que aburre o fastidia, y cuya compañía resulta insufrible. El toledano Garcilaso de la Vega emplea así el término en el siglo XVI:

¿Cómo te vine en tanto menosprecio? ¿Cómo te fui tan presto **aborrecible**?

Del latín *abhorrere* = tener o sentir aversión, a su vez de *horrere* = ponérsele a alguien los pelos de punta. No parece de uso anterior a finales del XIV. En la Edad Media se dijo también **aborrecedero**, y así aparece en el *Libro de las Partidas* (1260) donde Alfonso X el Sabio a modo de sentencia afirma: 'La maldad es cosa **aborrecedera**'. En Bilbao, Emiliano Arriaga recoge en su *Lexicón etimológico* (1896) la

variante **aborresío** alusiva al individuo que es presa del hastío. Dice la copla:

Aborresidos de andar corre que te corre el pueblo, nos *marchemos* cada cual como un chimbo a su bujero.

En la villa aragonesa de Antillón dicen **aborrible** a la persona o cosa detestable.

Aborto. Persona cuya fealdad extrema llama la atención; engendro o producción rara y caprichosa de la naturaleza. Puede connotar merma intelectual, en cuyo caso equivale a necio, criatura sin seso, acepción no contemplada por el diccionario oficial a pesar de lo corriente de su uso en la calle, donde cursa con feto, mal hecho, mal parido, mal cagado, malogrado, que se quedó en agua de borrajas, o en cierne. Félix María de Samaniego, traduciendo al clásico Horacio, emplea así el término en sus *Fábulas* (1781):

Con varios ademanes horrorosos, los montes de parir dieron señales. Consintieron los hombres temerosos ver nacer los **abortos** más fatales.

Del latín *aboriri* = levantarse, nacer. El sustantivo empezó a utilizarse a finales del XVI, aunque **abortón** ya era utilizado en el *Fuero viejo de Castilla* y en el *Fuero de Navarra*, ambos del siglo XIII. El uso ofensivo de aborto se daba en el término asturiano antiguo **albortón** = feto de cuadrúpedo, cosa mal hecha o malograda, animal de desarrollo incompleto. Con voluntad ofensiva escribe el madrileño Juan de

43 Absorbente

Zabaleta en El día de fiesta por la tarde (1660):

Saca cuatro conejillos de la lobreguez de la banasta, tan chiquillos y descarnados que más parecen **abortos**.

Es término que cobra valor ofensivo grande referido a la mujer de aspecto retaco, grosero y torpe. Cursa con vacaburra.

Abrabiado. En la villa pacense de Oliva de la Frontera y puntos del partido de Jerez de los Caballeros: salvaje, inculto.

Abrazafarolas. Sujeto irresponsable que asume cometidos para los que no está capacitado; mezcla de listillo, espabilado y vivales a quien no importa caer en el ridículo si previamente logra hacerse notar o adquirir protagonismo. Vivalavirgen, variedad del juanlanas a quien lo mismo da ocho que ochenta. Posee rasgos propios del don nadie y del lameculos y simplón cuya conducta se encamina al solo fin de poner en los cuernos de la luna a quien considera que puede beneficiarle. Su origen se corresponde con la figura de chiste que la imagen evoca, de cuyo análisis emana el borracho y calavera que no gobierna sus pasos ni entendederas y se agarra a lo primero que tiene a mano, una farola del alumbrado público. Retrata al adulador capaz de abrazarse a quien sea con tal de apoyarse y evitar darse de bruces. El periodista José María García generalizó su uso en los años setenta, acompañado de otros insultos menores:

En el fondo, (todos éstos) son unos abrazafarolas, unos mindundis, estó-

magos agradecidos que sirven a quien les paga.

No obstante la cita, el término se documenta con anterioridad a 1965.

Abrigo: ser de. Este sintagma insultante, hoy de uso generalizado, es de origen aragonés. Se dice al sujeto peligroso del que no puede uno fiarse; también de la persona descuidada, o de quien es de armas tomar. Del latín apricus: resguardado; amparo, refugio. Se dice con retintín de la persona de quien no cabe esperar cosa buena. Miguel Delibes emplea la expresión en Cinco horas con Mario (1966):

Lo he olvidado, hija, pero era una cosa muy divertida, ¿qué te parece?, gagá perdido, para encerrar, Mario, por fuerte que sea, que habría pasado mucho con lo de tus hermanos, que eso no lo discuto, pero el último año de tu padre fue **de abrigo**.

Abrochado. En Málaga y su provincia: bruto, sujeto de aspecto y modales rudos.

Absorbente. Agobiante, importuno y pesado; individuo cargante y pelmazo a quien hace aborrecible su insistencia molesta en acaparar la atención e interés de alguien; sujeto que impone su presencia o compañía hasta acabar con la paciencia y aguante de quien lo sufre o soporta. Juan Donoso Cortés, de la primera mitad del XIX, escribe: 'No pueden vivir con la democracia sin que ésta pierda lo que tiene de absorbente'. Hoy se emplea en ámbitos de la amistad y la familia con valor semántico próximo al de individuo dominante y pesado. Del latín ab sorbere:

Absurdo 44

atraer hacía sí, cautivar, acaparar. Mi abuela Isabel decía esta copla:

A la salida del Carmen unos ojos negros vi; de quién eran, no me acuerdo; mas que me **absorbieron**, sí.

Absurdo. Se dice de quien hace el ridículo por su manía de mantener posiciones intelectuales o vitales contrarias a lo razonable, haciendo violencia a la lógica; persona que contradice la razón o niega la evidencia. Del latín surdus y prefijo latino /ab-/ connotador de origen o lugar de procedencia, pues el sordo hace caso omiso de cuanto no se aviene con lo que estos sujetos creen, siendo peores sordos que quienes no pueden oír. No parece de uso muy anterior al que le diera Hernán Núñez de Toledo (1552). Cristóbal de las Casas lo registra en su Vocabulario de las dos lenguas toscana y castellana (1570). Cervantes usa así el término: 'No acierta a pronunciar, y si pronuncia absurdos hace y forma solecismos'. El asturiano Gaspar Melchor de Jovellanos escribe a finales del XVIII:

A la luz de esta antorcha se fueron disipando poco a poco los seres monstruosos, los errores groseros y las fábulas **absurdas** que había forjado el interés combinado con la ignorancia.

El erudito madrileño de mediados del XIX Agustín Durán enmarca el calificativo en este contexto: 'El error triunfa y la verdad se pierde en un laberinto de sofismas y de **absurdos**'. Parecidamente se había expresado

Donoso Cortés en su *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo* (1851): 'Entre la razón humana y lo **absurdo** hay una relación secreta, un parentesco estrechísimo'. Jorge Luis Borges escribe en sus *Diálogos* (1976):

Ahora se han inventado una cantidad de ciencias **absurdas**, por ejemplo, la psicología dinámica, o la sociolingüística.

Abubo. En puntos de Aragón: simple y mentecato, dicho por comparación con el fruto del cermeño que tarda en madurar y cuando madura lo hace a medias, caso de la persona que no alcanza nunca la sazón intelectual. Teniendo en cuenta que también se le llama abubillo cabe pensar que ambos calificativos deriven de abubilla, pájaro que el pueblo considera tonto. En puntos de Aragón dicen abugo a quien está alelado. En Canarias es abubangada la persona atontada, pobre de espíritu. Es voz que algunos consideran canarismo: de bubango. El salmantino Diego de Torres Villarroel da al término el significado de tonto en la primera mitad del siglo XVIII por la fama que esta ave tiene de comer mierda. Del latín upupa más agregación del diminutivo /-illa/. En las aragonesas Panticosa, Biescas, Sallent de Gállego, Tramacastilla y otras llaman **bubo** a la persona tan bruta que no hay posible redención para ella.

Abuelastro. En sentido figurado de su acepción principal se dice de la persona decrépita, viejo achacoso, carcamal. Es despectivo de abuelo: del latín *avus*